

LA ARMONÍA CON DIOS

D. IV de Adviento. (A) Mt.1,18-24. 22 de diciembre de 2019

Desde el primer momento de aquella mítica caída en el Edén, algo trascendental se rompe en el mundo-jardín. **Al principio Dios se paseaba por Edén (nuestro mundo) a la hora de la brisa (Gén 3,8).**

Tras la caída, la humanidad se esconde entre los árboles para que Dios no la vea. “Los árboles del jardín, en lugar de revelar al Señor (cf. Sal 19,1), sirven para esconderse de Él.

El lugar del diálogo se transforma en lugar de huida (Francesco Rossi).

Se ha roto la armonía del universo-mundo en el que Dios es presencia dialogante y amante. **Es necesario recuperar esa armonía que supone ese amanecer de Dios “a la hora de la brisa”**: «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía.» (DV 2)



Esa armonía no va a consistir en que Dios se ponga en sintonía con el hombre, sino todo lo contrario. El ser humano debe ponerse en sintonía con Dios. Porque, por encima del corazón humano, herido de injusticia, Dios es el Señor de la historia y volverá hacer amanecer siendo “Dios-con-nosotros” contradiciendo el orgullo de Acaz o la insuficiencia de la “justicia” de José. **Como él, será necesario entrar en el sueño, la bruma o la nube de Dios para recuperar la necesaria armonía entre el deseo humano y el deseo de Dios y aceptar a María, en cuyo seno se realiza el “Dios-con-nosotros” de la historia.**

Hoy nace por todas partes el ansia de una nueva espiritualidad, la necesidad del silencio y la escucha interior. Muchas veces todo acaba en ese mismo interior, sin trascender. Es una espiritualidad autorreferencial. Pero también hay muchos movimientos de auténtica espiritualidad trascendente, que logra unificar tierra, humanidad y Dios, en la que se intenta caminar hacia una síntesis reconciliada en unión con un Dios que ama la tierra y la humanidad.